

Jorge Brenes Morales

El arte de resolver los finales en la *Ilíada* y en la *Odisea*



Jorge Brenes Morales

**El arte de resolver los finales
en la *Iliada* y en la *Odisea***



EDITORIAL
UCR
2026

CC.SIBDIUCR - CIP/4346

Nombres: Brenes Morales, Jorge, autor.

Título: El arte de resolver los finales en la *Iliada* y en la *Odisea* /

Jorge Brenes Morales.

Descripción: Primera edición. | San José, Costa Rica : Editorial UCR, 2026.

Identificadores: **ISBN 978-9968-02-301-6** (rústico)

Materias: LCSH: Homero. *Iliada*. | Homero. *Odisea*. |

Homero – Crítica e interpretación. | LEMB: Poesía épica griega – Historia y crítica.

Clasificación: CDD 883.01–ed.23

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Primera edición: 2026.

Editorial Universidad de Costa Rica,

Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.

Apdo.: 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257

administracion.siedin@ucr.ac.cr

editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial.

Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

*Este libro es producto de la conferencia impartida
el 5 de abril de 2024 en el Auditorio Alberto Brenes Córdoba
de la Universidad de Costa Rica, en el marco de la
conmemoración de los 50 años de la Facultad de Letras.*

*ἦ γὰρ τόν γε πατήρ φίλος ὄψεται ἐλθών,
καὶ κείνος πατέρα προσπτόξεται, ἦ θέμις ἐστί.*

Homero

I

Cada vez que empezamos a leer la *Iliada* puede pasar que no prestemos suficiente atención a un sacerdote de Apolo que se afana por su hija.²⁸ La reyerta de Aquiles y Agamenón viene de inmediato con extraordinaria insolencia, como adelantándose a contradecir mucho de lo que en Occidente habrá de pensarse sobre la épica y su presunta elevación moral.²⁹ Este altercado, con dos mujeres en medio, la hija del sacerdote y su prima, lleva al resentimiento de Aquiles, que no cesará hasta que la obra concluya. En el último canto alguien se contrapone a ese rencor: otro padre que se desvive por un hijo. El que abre la *Iliada* se llama Crises; el que la cierra, como sabemos, es Príamo. Criseida y Héctor son esos hijos tan distinguidos por el afecto paterno.³⁰ Ella fue raptada y entregada a Agamenón, que la volvió su concubina; él fue asesinado por Aquiles, que se ensañó con sus restos. Los padres, ya ancianos, anhelan rescatarlos. Que la hija esté viva o muerto el hijo es indiferente al deseo de recuperarlos. La perplejidad que el canto final

28 Apolo y Atenea tienen intereses opuestos en la guerra y son quizá las deidades más peligrosas de la *Iliada*.

29 La perspectiva no conservadora del asunto tiene en *Priapeos* 68 su texto más atrevido.

30 No parece que Crises poseyera más descendencia. Heródoto afirma que Héctor sucedería en el trono a su padre (*Historia* II, 120 4). Cabe contrastar la impecable paternidad de Crises y Príamo con la del jefe de los aqueos en el polémico sacrificio de una de sus hijas (Esquilo, *Agamenón* 205-247; Eurípides, *Ifigenia en Aulide*).

de la *Ilíada* suele generar responde a que no se aprecian en todo lo que valen los nexos entre padres desesperados por recobrar a sus hijos.

Con ese fin se presenta Crises en el campamento griego. Trae consigo numerosas riquezas para darlas a cambio de su hija. Gracias al estilo directo, la voz de este padre es realmente la primera que escuchamos en la *Ilíada*: «¡Atridas y demás aqueos de hermosas grebas! Los dioses, que poseen olímpicos palacios, os permitan destruir la ciudad de Príamo y regresar felizmente a la patria. Poned en libertad a mi hija y recibid el rescate, venerando al hijo de Zeus, a Apolo, el que hiere de lejos». ³¹ Agamenón, hijo de Atreo a cargo del ejército (del otro Atrida hablaremos más adelante), rechaza esta plegaria y amenaza al sacerdote con matarlo si vuelve a verlo. ³² Como este ultraje provocó la intervención de Apolo, que con sus flechas esparció la peste entre los griegos, Agamenón devolvió a la muchacha, pero se quedó con su prima, que era la amante de Aquiles, ³³ de modo que las cosas sólo terminaron bien para el padre con cuya aflicción comienza la *Ilíada*. ³⁴

Héctor mata a Patroclo en el canto XVI; ³⁵ la amante es devuelta en el XIX; Agamenón asegura que no la tocó; Aquiles se interesa menos en comprobarlo que en matar a Héctor. El troyano lo aguarda en el canto XXII. Nadie pudo convencerlo de entrar en la ciudad.

31 *Il.* I, 17-21.

32 Los aqueos pronto sabrán que su jefe no quiere renunciar a la hija de Crises por considerarla superior a la esposa que ha dejado en Grecia (*Il.* I, 113-115).

33 Y esperaba casarse con él. Para Agamenón no era aceptable que, teniendo todos querida, nada más el jefe no la tuviera (*Il.* I, 118-119).

34 La prima de Criseida se llamaba Briseida (estos nombres son patronímicos que la épica hizo prevalecer). Sus padres, Crises y Brises, además de hermanos, eran sacerdotes de Apolo. Volviendo a las hijas, para Grimal constituían «una pareja que resumía los dos tipos de la belleza femenina» (*Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona, 1981, p. 119).

35 Apolo propició su muerte (*Il.* XVI, 783-804).

Está solo; después huye; su enemigo no lo alcanza.³⁶ Se detiene; Atenea lo engaña;³⁷ Aquiles lo mata. Desde los elevados muros, Príamo ve la catástrofe.³⁸ Caído el hijo, su primogénito, el anciano quiere salir. Sus guerreros apenas logran detenerlo. Hay estiércol cerca. Príamo se revuelca en él mientras clama: «Dejadme, amigos, por más intranquilos que estéis; permitid que, saliendo solo de la ciudad, vaya a las naves aqueas y ruegue a ese hombre pernicioso y violento: acaso respete mi edad y se apiade de mi vejez. Tiene un padre como yo, Peleo, el cual le engendró y crió para que fuese una plaga de los troyanos». ³⁹ Puede verse que Príamo se propone hacer por su hijo muerto lo que hizo Crises por su hija viva, intentar su rescate, pero en circunstancias más arriesgadas y con un recurso que sólo parece destinado a provocar en Aquiles el recuerdo de Peleo.

El plan de Príamo, aunque mejora el de Crises, no se echa a andar en el canto XXII, pues los soldados retienen al monarca en la ciudad. Una primera lectura de la *Ilíada* no permite, desde luego, saber, en este punto, lo que sucederá con la idea del padre,⁴⁰ pero tampoco imaginamos que algo así pueda intentarse. Además, el canto XXIII, inferior en tamaño únicamente al V,⁴¹ antepone los funerales de Patroclo y los juegos celebrados en su nombre. Aquiles, sin embargo, afirma en ellos que Héctor no tendrá honores similares y que lo entregará a los perros. Al empezar el canto XXIV sabemos que el túmulo de Patroclo

36 Adivinamos en esta carrera la renombrada paradoja de Zenón, atendiendo a lo siguiente: una paloma en lugar de la tortuga (*Il.* XXII, 139-144); gran riqueza de énfasis presocráticos (188, 194-198, 199-201); Apolo a cargo de la travesura filosófica (202-204).

37 La diosa se hace pasar por su hermano Deífobo.

38 La esposa de Héctor, Andrómaca, estaba en su casa esperándolo. Tras la conversación del canto VI, ella se retiró pensando que su marido no volvería de la guerra (494-502).

39 *Il.* XXII, 416-422.

40 Contribuye a ello que Homero reserva lo que falta del canto XXII al efecto de la muerte de Héctor en Andrómaca (437-515).

41 897 y 909 versos.

ha servido para que el hijo de Peleo arrastre alrededor el cuerpo del troyano. Lleva doce días haciéndolo al amanecer, pero Apolo impide las lesiones y el muerto sigue intacto.⁴² El dios, que ha sentido una profunda pena por Héctor,⁴³ increpa a las demás deidades por no haber intervenido aún; se permite acusarlos, siendo un numen él mismo, de obstinación en la maldad.⁴⁴ Tal ataque está al comienzo de su discurso en el Olimpo; lo concluye señalando, con un término que será caro a Aristóteles, que Aquiles destruyó la compasión.⁴⁵ Pero la mayor parte de los dioses también se apiadaba de Héctor y quería, sin atreverse a realizarlo, que Hermes sustrajera el cadáver.⁴⁶ Zeus entonces, gracias a que Apolo revolvió las cosas, combina este interés con el designio de Príamo, pues dispone que el padre vaya con un rescate por el hijo y que cuente con la protección de Hermes.

Aquiles cede de antemano al conocer por su madre la definitiva voluntad de Zeus; pero ella, la divina Tetis, no le dice que es Príamo quien vendrá por Héctor. Otra diosa, Iris, va al encuentro del padre troyano y lo pone al tanto de todo, sin guardarse que una deidad lo acompañará. Lo que Iris anuncia (el amparo de Hermes) cumplirá, ya lo veremos, una función similar a lo omitido por Tetis (la intervención directa de Príamo).

42 Anteriormente fue Afrodita quien alejó los perros e impidió con un aceite los daños provocados por la fricción en el cuerpo del troyano, mientras Apolo lo protegía del sol con una nube (*Il.* XXIII, 184-191); al comienzo del canto XXIV, el poeta añade que Apolo cubría al muerto con una égida de oro (20-21).

43 El poeta Estesícoro parece haber creído que Apolo (no Príamo) era el padre del héroe.

44 Usa las palabras *σχέτλιοι* y *δηλήμονες*, *persistentes* y *dañinos* (*Il.* XXIV, 33); Calipso los llamará *persistentes* y *envidiosos* (*ζηλήμονες*) cuando tenga que liberar al hijo de Laertes (*Od.* V, 118).

45 La palabra *ἔλεος* (que Segalá vierte como «piedad»), acabará asociándose a otros dos, *φόβος* y *κάθαρσις* (habitualmente traducidas como «temor» y «purificación»), en la más célebre y problemática definición de la tragedia (Aristóteles, *Poét.* 1449b24-28).

46 Este dios patrocina a los ladrones y el comercio.

Iris y Hermes son mensajeros del Olimpo,⁴⁷ pero a este dios corresponde, más que a cualquier otro, custodiar el lenguaje y velar por los intereses de Zeus en situaciones de apremio.⁴⁸ Su cometido en el canto final de la *Ilíada* lo pone de manifiesto. Basta con ponderar la situación de Príamo cuando se dirige al campamento de los aqueos: lo acompaña un heraldo más viejo que él, Ideo, para que le ayude a llevar las riquezas y a traer el cadáver del hijo; van en un carro de mulas y llevan también caballos; anochece. Es difícil imaginar a estos ancianos en mayor indefensión. Y estando los dos así, detenidos además en un río, se les acerca de pronto un joven notable por su fuerza y atractivo. Ideo piensa que viene a matarlos y a su rey lo paraliza el temor. Ese muchacho es Hermes, que ha tomado el aspecto de un adolescente al que despunta un primer vello en el rostro.⁴⁹ Príamo no podrá ver al dios o acaso recordar que Iris le avisó de él. Homero insiste en la belleza del muchacho, que conviene entender como una preparación para la de Aquiles.⁵⁰

Antes de hablar, Hermes se aproxima al rey, que sigue asustado, y entonces, tomándolo de la mano benéficamente, vierte en su alma el mayor de los ensalmos: «¿Adónde, padre mío, diriges estos caballos y mulas durante la noche divina, mientras duermen los demás mortales?

47 Hermes es hijo de Zeus; Iris suele estar al servicio de Hera.

48 Recuperó, por ejemplo, los tendones que su padre perdiera luchando con Tifón; mató también al monstruo que estorbaba el acceso paterno a Ío. En el plano del lenguaje, Hermes inventó el alfabeto, la *hermenéutica* se desprendió de su nombre y la lectura como robo es también cosa suya. Antes de tramitar la separación de Odiseo y Calipso, Hermes dio al héroe la planta de nombre divino (nota 24) que le permitió prevalecer sobre la magia y en el lecho de Circe.

49 *Il.* XXIV, 347-348. En el segundo de estos versos se indica la inminencia de la barba.

50 Que era también imberbe. Al respecto, no conviene dejarse engañar por la cerámica donde Aquiles aparece barbado: los atenienses promovieron la ausencia de barba y, en pleno siglo de Pericles, se remitieron al Hermes homérico para imponer ese canon (Platón, *Protágoras* 309 a-b2). Las cualidades del Pelida y la lectura de Homero con Aristóteles hicieron que Alejandro Magno se identificara con el héroe y se diera a las armas rasurado. El asunto no perdió interés para Joyce, que al comienzo del *Ulises* nos lleva por una barbería.

¿No temes a los aqueos, que respiran valor, los cuales te son malévolos y enemigos y se hallan cerca de nosotros? Si alguno de ellos te viera conducir tantas riquezas en esta obscura y rápida noche, ¿qué resolución tomarías? Tú no eres joven, éste que te acompaña es también anciano, y no podríais rechazar a quien os ultrajara. Pero yo no te causaré ningún daño y, además, te defendería de cualquier hombre, porque te encuentro semejante a mi querido padre». ⁵¹

En cierto sentido, Príamo ya no tiene hijos. Él mismo lo ha dicho a los otros, a los hijos que todavía no han caído en la guerra. La muerte de Héctor acabó con ellos simbólicamente y lo saben de los propios labios de su padre. ⁵² Hermes no sólo tranquiliza a Príamo en lo referente a los males que podrían sucederle: se presenta como un hijo alejado de su padre a un padre sin el más querido de sus hijos, el que valía por todos. Al llamarlo *padre*, ⁵³ el dios se coloca en el lugar de Héctor y pone a Príamo en el que corresponde al padre del muchacho que finge ser; un padre, además, *querido*, al que lo encuentra *semejante*. ⁵⁴ El rey entra en el juego de inmediato, cuando llama al joven *hijo querido* ⁵⁵ y se admira de su aspecto y su prudencia.

Al retomar la conversación, Hermes pregunta: «¿mandas a gente extraña tantas y tan preciosas riquezas a fin de ponerlas en cobro; o ya todos abandonáis, amedrentados, la sagrada Ilión, por haber

51 *Il.* XXIV, 362-371. Para Platón, los ensalmos o *épodos* son los discursos bien elaborados: τὰς δ' ἐπωδὰς τάντας τοὺς λόγους εἶναι, τοὺς καλοὺς (*Cármides* 157 a), y sirven como tratamiento del alma. La palabra ἐπωδή también proviene de αἰοιδή (nota 22) y comporta una relación de lo verbal con la voz, la persuasión y la magia similar a la que sostienen nuestros términos *canto*, *encanto* y *encantamiento*.

52 Reprendiéndolos por no tener listo el carro del rescate, Príamo les dijo: «Ojalá en lugar de Héctor hubiéseis muerto todos en las veleras naves. ¡Ay de mí, desventurado, que engendré hijos valentísimos en la vasta Troya, y ya puedo decir que ninguno me queda!» (*Il.* XXIV, 253-256). Estas palabras las dirigió el rey contra Héleno, Paris, Agatón, Pamón, Antífono, Polites, Deífobo, Hipótoo y Dío.

53 *πάτερ* (XXIV, 362).

54 *φίλω δέ σε πατρὶ εἴσκω* (371).

55 *φίλον τέκος* (373).

muerto el varón más fuerte, tu hijo, que a ninguno de los aqueos cedía en el combate?». ⁵⁶ Nótese que en estas palabras del dios no hay realmente una pregunta y que la primera parte de lo dicho sólo sirve para encarecer la segunda, que constituye el comienzo de un elogio de Héctor: elogio del hijo muerto llegado a oídos del padre cuando más lo necesita; elogio dado al padre por el hijo que acaba de aparecer y esconde a una divinidad. Se entiende que Príamo, cada vez más atrapado en los ensalmos divinos, quiera saber quién es el muchacho que le habla de ese modo. Y Hermes redondea el artificio: inventa un nombre para el padre apócrifo que dice haber dejado en Grecia, Políctor, y se presenta como soldado que vino a la guerra en la propia nave de Aquiles. ⁵⁷ Con esto logra que Príamo le pregunte por Héctor, para responderle que nada ha podido corromper o desfigurar su cuerpo. ⁵⁸

Ningún aqueo los vio acercarse al campamento y atravesarlo hasta llegar a la tienda de Aquiles. Antes de irse, el dios reveló al rey su identidad y le recomendó abrazar las rodillas del héroe. Pero Príamo, como sabrán, fue más lejos al besarle una mano: «Acuérdate de tu padre», le dice, «que tiene la misma edad que yo y ha llegado al funesto umbral de la vejez. Quizás los vecinos circunstantes le oprimen y no hay quien le salve del infortunio y de la ruina; pero al menos aquél, sabiendo que tú vives, se alegra en su corazón y espera de día en día que ha de ver a su hijo, llegado de Troya. Mas yo, desdichadísimo, después que engendré hijos excelentes en la espaciosa Troya, puedo decir que de ellos ninguno me queda. (...) A los más el furibundo Ares les quebró las rodillas; y el que era único para mí, pues defendía la ciudad y sus habitantes, a ése tú lo mataste poco ha, mientras combatía por la patria, a Héctor; por quien vengo ahora a las naves de los aqueos, a fin de redimirlo de ti, y traigo

56 *Il.* XXIV, 381-385.

57 *Il.* XXIV, 396-397.

58 *Il.* XXIV, 406-423.

un inmenso rescate. Pero respeta a los dioses, Aquileo, y apiádate de mí, acordándote de tu padre; que yo soy todavía más digno de piedad, puesto que me atreví a lo que ningún otro mortal de la tierra: a llevar a mi boca la mano del hombre matador de mis hijos». ⁵⁹

Aquiles sabe perfectamente que no volverá de la guerra a encontrarse con Peleo; entiende que él, desde que vino a Troya para destruirla, es un hijo muerto para su padre. ⁶⁰ Estando a su lado, Príamo se pone en el lugar de Peleo y se consuela con la idea de tener un hijo vivo. Pero no lo tiene. Conocemos su lógica: Héctor ha muerto; ya no hay quien defienda la ciudad; por eso Troya tampoco existe. A pesar de todo, el rey quiere llevárselo y rendir a sus restos las últimas honras. Aquiles se abandona a un cambio de posiciones similar al que se venía ensayando con Hermes de camino al campamento y termina llorando con Príamo. ⁶¹

Antes he dicho que este juego, a todas luces dramático, parece limitarse a desatar el recuerdo de Peleo. Mas tiene también un efecto en otro sentido, imprevisto incluso para el rey; uno que ahora me permitiré ilustrar con un caso posterior: el de aquella tragedia en que un hermano, fingiéndose muerto y que es otro, se presenta con la urna que supone sus cenizas y la entrega por error a su hermana; ambos llevan años esperando encontrarse, pero ninguno sabe quién es el otro; la hermana entonces cree realmente que su hermano ha muerto y éste la reconoce por los extremos de dolor con que se aferra a la urna. Los hermanos son Orestes y Electra, hijos de Agamenón;

59 *Il.* XXIV, 486-506. Si antes Apolo se quejaba de que Aquiles destruyera la *piedad*, ahora Príamo, en la misma línea, pide al héroe que se *apiade* de él. Tal vez para concordar con el pasaje citado y añadirle patetismo, se llegó a imaginar que Peleo, avanzado el conflicto troyano, había sido arrojado de sus posesiones en Grecia por los hijos de Acasto.

60 Y cuando en efecto lo esté, seguirá sufriendo por el abandono en que imagina haberlo dejado (*Od.* XI, 494-503).

61 Según Aristóteles, la compasión conduce a la catarsis (cf. nota 45) y en Homero se prefigura la tragedia. Con el paso de la dureza a la piedad, el final de la *Iliada* confirma una posible lectura trágica.

el reconocimiento al que aludo pertenece a la *Electra* de Sófocles,⁶² el *Homero de la tragedia*,⁶³ y es merecidamente famosa la anécdota de Polo, el actor protagónico que, durante una representación, hizo pasar la urna de su propio hijo, cuya muerte no superaba, por la de Orestes, para recibirla en escena como padre y Electra, con muestras de dolor no fingido.⁶⁴

Éste es, más o menos, el juego en que entran Príamo y Aquiles. Pero el rey, que no había previsto todo su alcance, procura restringirlo a la piedad que el recuerdo de Peleo ha originado: no quiere sentarse cuando se lo piden e insiste en la restitución de su hijo, a pesar de que nadie se la había negado. Por eso Aquiles monta en cólera y amenaza con matar a Príamo si no obedece. Recordemos que Agamenón, al comienzo de la *Iliada*, como no quería devolver a Criseida, amenazó de muerte a su padre; pero ahora, en el último canto del poema, Aquiles se enfada no porque esté en duda la entrega de Héctor, sino porque Príamo quiere salirse de la dinámica en que lo ha metido, al abandonar el sitio correspondiente a Peleo. El rey llegó hasta la tienda de Aquiles, se arrojó a sus pies, le besó una mano y le pidió que al verlo pensara en su padre; hecho lo anterior pretende que le entreguen a Héctor para retirarse cuanto antes, como si por el intercambio de lugares no fuera, simultáneamente, Peleo.

Aquiles, afectado hasta la culpa por no estar en Grecia con su padre, protege otra vez la situación al impedir que Príamo vea el cuerpo de su hijo mientras lo preparan para entregárselo: «no fuera que, afligiéndose al verlo, no pudiese reprimir la cólera en su pecho e irritase el corazón de Aquileo, y éste le matara, quebrantando las órdenes

62 1098-1231.

63 Así lo llamó Polemón, que para completar la analogía se refirió a Homero como el *Sófocles de la épica* (Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos ilustres* IV, 20).

64 La anécdota se encuentra en Aulo Gelio, *Noches áticas* VI, 5. El hijo que Polo perdió era el único que amaba.

de Zeus». ⁶⁵ El hijo de Peleo, ahora de Príamo, hace que éste también coma y beba con él. No era difícil suponer que el anciano no hubiera probado alimento desde que murió su hijo, y él mismo lo declara. Aquiles incluso ya había cenado, de manera que su interés al comer nuevamente no era otro que cuidar a Príamo como si fuera Peleo. Después de cenar, la mutua contemplación se suscitó con asombro: «Príamo Dardánida admiró la estatura y el aspecto de Aquileo, pues el héroe parecía un dios; y a su vez, Aquileo admiró a Príamo Dardánida, contemplando su noble rostro y escuchando sus palabras». ⁶⁶

No olvidemos que nadie durante la guerra, en ninguno de los bandos, aventajó a Aquiles en fuerza o en belleza, ⁶⁷ y que ésta, en efecto, no fue omitida por Hermes en la preparación de Príamo, cuando se le apareció como un joven fuerte y llamativo; como un soldado que se abstuvo de matarlo; como uno que vino en la nave de Aquiles; como un hijo que quiso hacerlo su padre. El dios, bien puede verse, reunió en su metamorfosis aspectos que prefiguraban a Aquiles.

Los días que Príamo no había comido y bebido eran los mismos doce que llevaba sin pegar los ojos. Por eso el sueño, terminada la cena, se apoderó del anciano con más fuerza y éste tuvo que dormir en la tienda, como Aquiles quería. Pero casi al amanecer Hermes vino a despertarlo y a garantizar la seguridad del regreso a Troya, donde el poema termina con las honras fúnebres de Héctor. ⁶⁸

Sobre este final cabe decir que nadie debería echar de menos el *leño griego*, que es como Góngora, el *Homero español*, alude al caballo

65 Il. XXIV, 584-586.

66 Il. XXIV, 629-632.

67 Tanto de Nireo en la *Iliada* (II, 673-674) como del gran Áyax en la *Odisea* (XXIV, 18) se afirma que serían los más bellos si no fuera por el hijo de Peleo.

68 El dios se retira definitivamente en el verso 694; Casandra, hija de Príamo con dones proféticos, es la primera en ver que su padre vuelve a la ciudad con el cadáver de su hermano (697-699). Las honras tributadas al muerto duran doce días y son descritas en los últimos veintitrés versos de la obra (782-804).

de madera, anticipando con la metáfora el incendio de la ciudad.⁶⁹ A esta destrucción material, que será consumada fuera de la *Iliada*, cabe oponer otra no menos devastadora, de murallas intactas e interiorizada en el ánimo de cada troyano. Por eso, cuando en el canto XXII se compara el efecto inmediato de la muerte de Héctor con la futura ciudad en llamas: «No parecía sino que toda la excelsa Ilión fuese desde su cumbre devorada por el fuego»,⁷⁰ se está declarando que la ruina decisiva es inmaterial y que, si se recurre a la otra, la que aún buscan entre escombros los arqueólogos,⁷¹ es sólo para situarla debajo de la que en mayor grado está determinada por Héctor y se adelanta con su muerte.⁷² También el caballo retrocede ante la maquinación que al final de la *Iliada* se dirige desde Troya al campamento enemigo (el engaño de madera se desdibuja ante el ardid de llevar a Príamo hasta la tienda de Aquiles para que consiga lo imposible con ayuda de los dioses). A este artificio del padre, vigilado por Hermes como el del caballo por Atenea, podemos denominarlo *el padre aqueo*.⁷³

Es cierto que Príamo logra lo que se propone al recuperar a su hijo y llevárselo para celebrar sus funerales. Pero no es esta alegría empañada de sufrimiento y resignación, confundida a veces con un deber familiar, la que a Crises deparó la devolución de su hija, el que no estuviera muerta. La felicidad de encontrarse con el hijo vivo,

69 La denominación homérica de Góngora (1561-1627) se halla en el título de la primera edición de su poesía (*Obras en verso del Homero español*, 1627); la expresión *leño griego* pertenece al verso 378 de la *Soledad primera*.

70 *Il.* XXII, 410-411.

71 No del todo desembarazados de Schliemann (1822-1890) y su obsesiva búsqueda de Troya, por la que algunos lo han considerado padre de la arqueología.

72 Sobre esto se puede ver en Virgilio lo que afirma el propio fantasma de Héctor (*Eneida* II, 291-292).

73 El recurso del caballo lo contará Demódoco en muy pocos versos (*Od.* VIII, 492-520) o Eneas en casi diez veces más líneas que Demódoco (*En.* II, 13-267); pero ni aún esta segunda extensión se acerca a la que ostenta, de manera directa, el recurso paterno en la *Iliada*.

que Príamo no halló con Héctor, tampoco la dará Aquiles a Peleo. El final de la *Iliada* esparce la amargura de que no se pudiera hacer nada más por estos ancianos afligidos, por estos dos padres en orfandad de sus hijos.⁷⁴

74 En el canto II de la *Eneida* se nos lleva de la muerte de un padre (Príamo: 506-562) al rescate de otro (Anquises: 632-723).

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
[Librería UCR Virtual.](#)

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

Acerca del autor

Jorge Brenes Morales inició sus estudios en la Universidad de Costa Rica en 1991. Se ha dedicado a la docencia en esta casa de enseñanza superior desde hace 25 años, en el ámbito de las literaturas y lenguas de Grecia y Roma.

ESPAÑOL Y PORTUGUÉS | ESPANHOLE
LENGUAS DE CIENCIA | PORTUGUÉS
LINGUAS DE CIENCIA

Corrección filológica: *Angie Rodríguez Ch.* • Revisión de pruebas: *Valeria Salas Ch.*
Diseño de contenido y diagramación: *Abraham Ugarte S.* • Diseño de portada: *Boris Valverde G.*
Ilustración de portada: "Príamo suplica a Aquiles por el cuerpo de Héctor". *Bertel Thorvaldsen.*
Control de calidad: *Grettel Calderón A.*

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEUCA),
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN.
Febrero, 2026.

Aunque las muertes de Héctor en la *Iliada* y de los pretendientes en la *Odisea* podrían tenerse por finales inmejorables, Homero tomó otros caminos al desplazar esos eventos con algo aún más grande: la desventura por la que padres e hijos, a causa de la guerra, no volverán a verse (Príamo y Héctor, Aquiles y Peleo), y la dicha de los que, a la postre, consiguieron encontrarse (Telémaco y Odiseo, éste y Laertes). Al decidirse por hacer este contraste, el poeta imprimió a sus finales la rara simetría que es objeto de este libro.